

Alejandro: la idea del Imperio Universal

Las grandes agrupaciones de pueblos se realizan de dos maneras: porque ellos se unen en vista de peligros o necesidades comunes; o porque un pueblo animado de una voluntad poderosa, puede imponerse a otros, los hace inclinarse ante él y los compromete en sus destinos.

El imperialismo ha aparecido varias veces en la historia; sus resultados no son siempre los mismos. Quiriendo actuar sobre un terreno falso, la tendencia a dominar, que es la que anima a este movimiento, crea una actitud excesivamente egoísta y odiosa; aprovechan de él sólo algunas generaciones de un pueblo y termina siempre en un inevitable fracaso. Pero otras veces, cuando tiene raíces profundas en la historia y responde a necesidades vitales; coloreado con matices del mito y la leyenda, y adornado con motivos de la tradición, se hace atrayente y pierde su carácter egoísta. En estos casos es favorable para la civilización, que debe mucho a felices intervenciones de pueblos imperialistas que han terminado con períodos de anarquía, que han aunado voluntades para solucionar grandes problemas; que han universalizado la cultura y que le han dado un timbre de «Humanidad».

El imperialismo medonico es para la antigüedad el modelo de imperialismo benefactor; así como inversamente en el convencimiento general, el sistema asirio, queda como una pesadilla de explotación y violencia.

Los resultados inapreciables de los esfuerzos griegos, estuvieron a punto de perderse, porque estos «ciudadanos» se obstinaron en conservar la democracia.

Con este régimen los griegos llevaban dentro de sí el germen de su desintegración. La democracia hacía imposible la unión, y en consecuencia la salvación de Grecia, que se encontraba en peligro inminente, habría perecido ahogada entre los pueblos que la rodeaban, en medio de los cuales permanecía aislada, mientras ellos crecían en forma alarmante, captando la técnica, pero no el espíritu de la cultura griega.

Ya no existían los sentimientos que en la época de oro agruparon a los griegos en torno de Agamenón, los lazos de unión se habían relajado, por que los antiguos sentimientos de lealtad y fidelidad, el espíritu de sacrificio por el grupo, habían desaparecido; cediendo el paso a un individualismo racionalista, cada uno bus-

caba su propio bienestar, los hombres se contentaban con palabras, se engañaban mutuamente y sabían que se engañaban, seguían viviendo la mentira de la democracia.

La Monarquía Alejandrina

El primer escenario de la actividad de Filipo y Alejandro es Macedonia, país de relieve desordenado, cruzado por ríos erosivos, que han formado llanuras de aluviones favorables a la agricultura y que son excelentes terrenos cerealistas. Es una tierra de grandes propiedades, de vida agrícola muy desarrollada y de evolución social lenta y de acuerdo con estas circunstancias.

Hasta el momento en que la aborramos, siglo IV, Macedonia ha permanecido ajena a las convulsiones políticas que agitaban a Grecia, y sumida en su economía campesina, vive alejada de los problemas que allá se presentaron como consecuencia del desarrollo de la industria y del comercio. No conoció el traslado del derecho político de la aristocracia gentilicia tradicional a la aristocracia del dinero y a la amplia democracia del domicilio enseguida. Su ritmo de evolución pausado y regular, nos presenta a Macedonia, con todas las características sociales y políticas de los tiempos homéricos; en una época en que la evolución ciudadana de Grecia ha terminado.

La población repartida en el campo, y dividida en clases, obedecía a los nobles de las grandes familias que eran los dueños de las grandes propiedades; verdaderos reyes de sus dominios y señores de sus siervos; pero, sobre esta autoridad regional, se erguía la del rey de Macedonia, miembro notable de esa aristocracia, que tenía en el grupo de los nobles un círculo de compañeros, que con pleno derecho podían aspirar a su sucesión.

Como antiguos caballeros feudales; compartían con el rey las emociones de la caza, los peligros de la guerra o la alegría desordenada y casi primitiva de sus orgiásticos festines; eran sus íntimos amigos y sus rudos camaradas militares; lo acompañaban por su propio consentimiento y gozaban de cierta independencia del poder central. No había un documento, ni siquiera una práctica consagrada por la costumbre para el caso de un desacuerdo entre el rey y la nobleza. Cuando éste se

consideraba incapaz, pedía el consejo de sus compañeros; que, a su vez, si presentaban amenazados sus privilegios, como no disponían de un medio constitucional, hacían intervenir el complot y el asesinato; hechos que no fueron raros, uno de ellos sirve de trágico epílogo a la vida de Filipo. Dadas estas condiciones de inestabilidad, el poder y prestigio de la monarquía, dependían de la personalidad del soberano.

Los griegos no consideraban helenos a los Macedonios, y sólo sus reyes eran admitidos en los juegos olímpicos; pero Filipo que responde por la acción de su país, cuando estuvo de rehén en Grecia pudo adquirir la cultura griega, al mismo tiempo que las bases inmediatas de sus designios de conquista de Asia y salvación de Grecia.

Allí comprendió también los manejos del rey persa para mantener viva la idea del particularismo irreductible de las ciudades griegas, se dió cuenta que no era muy difícil fomentar las rivalidades regionales, las luchas de las ciudades y los odios de los partidos, que constituirán la eterna debilidad de Grecia.

De Grecia recibió también Filipo la influencia de Isócrates que sería tan fecunda para la realización de su empresa. De este pensador y divulgador, recibió Filipo por una parte los primeros fundamentos de su ideal político y por otra la preparación de las grandes mentalidades de Grecia, en lo que se refiere a los beneficios y necesidad de una guerra de represalias en Asia, que era el principal objetivo que perseguía Isócrates.

Filipo empezó por la nobleza la concentración de las fuerzas de su país; educó los hijos de los nobles, con sus familiares en el palacio real, creciendo en el respeto del rey, ya grandes empezaron a desempeñar funciones en una jerarquía que les hacía depender cada vez más directamente del monarca.

El ejército fué la base de la unidad de la nación, aun cuando el reclutamiento se hacía siguiendo los marcos de los cantones tradicionales, los soldados se agrupaban ahora bajo el estandarte real y no bajo la insignia regional de los grandes propietarios.

Una vez organizado el país Filipo se dirigió a Grecia, teniendo conciencia plena de sus fuerzas y sus debilidades, supo sacar tanto provecho de sus triunfos como experiencia de sus fracasos; atacó empleando oportunamente y con eficacia la intriga y el soborno; al mismo tiempo que

se apoderaba de las grandes rutas, de las fuentes de abastecimiento y de las minas, que ya habían llegado a constituirse en el nervio de la guerra.

Su labor personal estaba bastante favorecida por los recursos en hombres y en riquezas que le proporcionaba Macedonia, que resultaban fabulosos al compararlos con los de las pequeñas ciudades griegas incapaces de unirse ni siquiera ante los más grandes peligros. Pero la fuerza de Macedonia, más que en sus campos de cereales, residía en el entusiasmo nacional de sus falanges ambiciosas de gloria, en su rey, formidable estratega y político, y en la voluntad imperialista de todo un pueblo, que ahoga sus pequeños conflictos interiores, en la inmensidad de su deseo de crecer y dominar.

Por lo demás el terreno en Grecia estaba preparado; los griegos que en todo pensaron, naturalmente que lo hicieron también en su unión, y las teorías del partido que se formó en torno de Isócrates, muestran un programa completo de orientación y organización para la conquista que se hacía inevitable, para solucionar el gran problema de Grecia, su estrechamiento afflictivo. En Occidente; Roma, y Cartago después de haber sido momentáneamente detenido por Sicilia, crecían en forma alarmante y no habría ni qué pensar siquiera en una expansión por ese lado. El Imperio persa que se extendía al oriente era inatacable dadas las condiciones de fraccionamiento en que se encontraba el pueblo griego. Sin tierras, sin comercio, sin mercados, el porvenir de Grecia era muy triste y la ruina inevitable. La expansión que había sido ya varias veces en la historia, el remedio de Grecia en estas circunstancias, se hace popular desde la llegada del ejército de los diez mil que divulgan la debilidad del imperio persa, se pone de manifiesto en las sucesivas rebeliones de los sátrapas y entusiasmo a los griegos, con el precedente sagrado de ser una venganza contra los que habían ultrajado a los dioses y a la patria. La democracia fué incapaz de constituir la unión y la fuerza necesaria hubo de llamarse del exterior.

Y tan importante como el triunfo material de Queronea, es para Filipo el éxito moral de Corinto. Su feliz denominación de «Hegemon», aparta de su gobierno toda idea demasiado fuerte y que pudiera herir la susceptibilidad de los griegos, que sentían una antipatía profunda por todo lo que recordara siquiera la monarquía.

Siendo rey de Macedonia y señor de Grecia; la muerte sorprendió a Filipo.

El particularismo griego se reveló inmediatamente, supusieron muchos que ésta, como todas las hegemonías, sería un fenómeno circunstancial y de corta duración; pero en este caso se encontró el hombre capaz de hacer una realidad el sueño tantas veces roto, de mantener lo que siempre se había destruído aún antes de formarse, de imprimirle el sello de su genio y de excederlo infinitamente en su pensamiento y en su acción.

La personalidad de Alejandro se perfila en la historia con los contornos claros y el relieve poderoso de la genialidad. Su inteligencia tuvo la fortuna de ser cultivada por el más poderoso intelecto de su tiempo: Aristóteles, quién seguramente ha influído mucho en la gestación de las grandes concepciones, dado su carácter enciclopédico; el mismo filósofo le inculcó la confianza en la inteligencia y también, hizo posible que el impetuoso temperamento de Alejandro, que en ocasiones nos aparece desconcertante, no fuera un obstáculo para sus tareas. Inteligencia selecta y refinada, emotividad atrayente y voluntad de hierro; he aquí el retrato psicológico de Alejandro.

Donde se puede apreciar bien el valor de este hombre, es observando las relaciones que mantuvo con sus generales: su reunión era una asamblea de reyes; después lo revelaron, pero mientras él vivió, Pérdicas y Ptolomeo eran dos sumisos jefes del ejército, Antígono un obediente sátrapa, y el hábil e imperioso Casandro, sentía hasta una especie de temor religioso por él. Es admirable que en su vida estuvieran relegados a un segundo plano estos hombres, que pronto veremos no se conforman con la tercera parte del mundo.

Lo que por otra parte asombra en Alejandro es su romanticismo, pues fué un soñador, soñó y actuó con éxito inaudito en la realidad, realizando un dualismo casi imposible en los hombres, que parecen tener un interés especial en hacer incompatibles estos dos atributos de la humanidad: ensueño y acción.

Puede decirse que Alejandro se encontró orientado y ayudado por la actividad de su padre, encontró un ejército bien organizado; y en el ambiente moral una fuerte idea de Helenismo. Idea fundamentada en el orgullo de la victoria de Salamina, en la convicción de la superioridad griega, en la embriaguez de la libertad que mana a borbotones de las instituciones democráticas, como dice Platón y en la ambición de esa sabiduría plena, que tiene la vir-

tud de establecer una nueva forma de patria, la patria de los sabios, que está, doquiera el sabio esté.

La marcha de Alejandro más allá de los confines del Imperio persa es una epopeya que no ha tenido cantor, pero debemos agradecer a esta inconsciente ingratitud, el que Arriano se haya preocupado de escribir la obra, que es nuestra principal fuente de información y el conocimiento más directo que tenemos de su expedición y de los proyectos que no alcanzaron a realizarse.

En sus comienzos la expedición de Alejandro apareció como una revancha de los griegos contra los persas, y si pensamos que fué discípulo del filósofo que acentuó de manera absoluta la diferencia entre griegos y bárbaros; el oriente debía significarle a él un mundo de saqueo y de pillaje, un campo con rebaños de esclavos. Pero pronto se vió que no actuaba como en vista de aprovecharse esas riquezas, y los rudos soldados macedonios no podían seguir en su agilidad maravillosa el desarrollo que tomaba la *fantasía* de Alejandro, su fidelidad y la visión del botín hizo que le siguieran pero nunca comprendieron, ni aún lo jefes, la amplitud y el significado de la obra de Alejandro. Tal vez uno solo lo haya comprendido y ese fué Eumeno de Cardia. El trágico pesimismo que se advierte en la reunión de Babilonia ante las insignias del rey muerto tiene mucho del peso de la responsabilidad de mantener el imperio; cada cual tiene el convencimiento de su incapacidad para mantener algo que para ellos siempre fué incomprendible, realizado gracias al entusiasmo de una serie de campañas felices y al prestigio de un semidiós, que la había hecho surgir adelantándose en varios siglos a la historia.

En el desarrollo de su obra, a riesgo de encontrarse aislado, Alejandro debió buscar la cooperación de los persas; para ellos el «Imperio universal» no era una cosanueva aunque no lo habían concebido de la misma manera. Al conocerlos bien, Alejandro se dió cuenta exacta de su valor, y vió que les correspondía un puesto de especial importancia en el nuevo mundo que se proponía crear.

Trataremos de comprender cómo se generó en Alejandro la «Idea de su monarquía divina universal» desde que era el simple sucesor del «Hegemon» de los griegos hasta el momento en que puede considerarse dueño del mundo conocido.

Por naturaleza místico, orgulloso y soñador; con los misterios que rodeaban la leyenda de su nacimiento, con los numerosos éxitos que había logrado cuando

recién empezaba a ser hombre, con la tradición que refería su descendencia de Hércules; se había formado un mito ya antes de salir de Grecia. En su camino, las predicciones del oráculo de Amón, violenta destrucción del nudo gordiano y las ceremonias ante la tumba de Aquiles apoyaron su convicción de poseer un destino sobrenatural, convicción que vino a fomentar la adoración de los pueblos de oriente. Por otra parte, terminada la conquista, no encontraba un derecho o un título suficiente y efectivo para mantener un imperio tan vasto. La apoteosis fué la solución, la única para lograr la unidad en ese heterogéneo conglomerado de naciones, creación tan grande, que no se conformaba con un rey, ni con un emperador y exigía un Dios.

No hay dificultad alguna en comprender cómo el oriente aceptaría la divinización de Alejandro. En Grecia tampoco presenta dificultades especiales, pero es conveniente examinarla en detalle, porque el ensayo de Alejandro servirá de modelo para todas las *monarquías universales del futuro*.

No era la primera vez que en Grecia se divinizaba a hombres en vida. De Platón decían los discípulos que tenían una voz divina, para tenerla necesitaba ser Dios como el valiente guerrero era Marte y el médico famoso era Esculapio. Nunca hubo en Grecia una diferencia esencial entre lo divino y lo humano, los griegos se representaban a los dioses como perfecciones de los hombres, y, según los mitos órficos el hombre tiene en su naturaleza algo de divino. En Grecia nació la concepción de la heroicidad. Si hubo reyes como Aquiles que fueron hijos de dioses, ¿por qué Alejandro que imita sus hazañas, que en toda Asia sigue huellas de dioses, y que es declarado Dios por tres oráculos no podía serlo?

Esto en cuanto se refiere a la parte puramente política del imperio, y en lo que concierne a darle unidad. Para los griegos: Alejandro es Dios; encarnación del logos, para los excesivamente racionalistas, para los orientales: es hijo de Dios. Dios mismo, o emanación de la divinidad. Todavía en algunas curiosas comunidades del Asia Menor era una especie de rey sacerdote.

Ya hemos dicho; en política, la obra de Alejandro fué proporcionar un modelo a todas las monarquías que posteriormente a él aspiraron al dominio universal en Occidente.

Veremos ahora su obra en el terreno cultural y de las ideas. Abrió un nuevo campo a la civilización; trasplantó los

centros del mundo; y mostró un campo de conocimiento inmenso para el estudio de los hombres y de la naturaleza. No fundió las razas; su vida fué muy breve para ello, por lo demás sabemos que estas son realidades de las que no se puede prescindir; los casamientos mezclados tienen un gran valor como símbolo; pero indudablemente que mucho más efectivo que ellos era la participación de los persas en el gobierno y en la administración, si se trataba de conseguir, la unidad, la armonía y la comunidad de intereses en el nuevo estado...

Alejandro sobrepasó con mucho el estado nacional; preparando de este modo el advenimiento del imperio romano; también sobrepasó el culto nacional, preparando la fusión de las religiones y el camino para una religión universal; sin él, los avances del cristianismo habrían sido extremadamente lentos, quizás imposibles, al crear en los corazones el anhelo de la unión espiritual, fecundó el terreno en que el cristianismo habría de desarrollarse.

En la Historia de la cultura: Alejandro ha sido el conductor del pueblo vigoroso, que en los momentos críticos ha aportado a Grecia las energías que necesitaba; para mantener y legarnos los fundamentos de su avanzada civilización; sus numerosos ensayos, que son nuestros modelos en cualquier orden de cuestiones y la riqueza imponderable de sus tesoros artísticos e intelectuales.

Alejandro se dió cuenta que las conquistas realizadas por el privilegiado pueblo griego, no debían permanecer como patrimonio egoísta de la Hélade, sino que debían repartirse por la humanidad; y lo sorprendente es que esa cultura, limitada a Grecia, se derramó por el mundo, porque él empezó la expansión, y preparó el camino que permitiría su posterior avance. Con la visión del genio, vió a los hombres reunidos en una cultura común y animados de idénticos sentimientos, impuso esa cultura y propició esos sentimientos.

Según se desprende de Arriano, cuando murió estaba preparando una expedición a Arabia, después vendría la caída de Cartago y de Roma y la llegada a Grecia por el norte. Es sensible que haya desaparecido tan joven; quizá fué provechoso para su obra; en el oriente sus generales, favorecidos con las enormes riquezas de esos países podrían haberse rebelado; y un divorcio entre Oriente y Occidente, tan brusco y prematuro, no habría dejado de ser perjudicial.

Dió al mundo la cultura; pero arruinó a la Grecia. Atenas ya no podrá competir con las nuevas capitales cosmopolitas, ni Esparta, tampoco Corinto. Todo abandona a Grecia, sus mejores valores salen para abastecer las cortes orientales de ministros, cortesanos, generales y soldados. La filosofía se va a orillas del Nilo; el arte y la elocuencia a Rodas; la ciencia a Siracusa: las masas abandonan sus floridos refugios del Parnaso. El mismo Delfos cede su lugar a Amón. Nuevos valores orientan el arte y la filosofía. No se puede crear para la «ciudad», hay que hacerlo para halagar al tirano protector, las nuevas escuelas filosóficas están dominadas por el escepticismo, la amargura o el abandono.

Pero es preciso considerar que no se trata de una evolución exclusiva del pensamiento griego, más que de la imposición de una cultura se trata de una síntesis; los orientales, Alejandro lo comprendió, poseían bienes culturales a los que los griegos no alcanzaron tal vez porque no se encontraron con problemas semejantes, pero valiosos para la humanidad. El exclusivismo griego debió permitir la entrada de elementos extraños en su civilización; pero la inmensidad del oriente no absorbió a la pequeña y mesurada Grecia, ambos se fundieron en una síntesis que no es lo uno ni lo otro, y ambos están representados en lo mejor que poseían.

Zenón, como filósofo, se encargó de teorizar lo que Alejandro había realizado, y lo hizo especulando sobre un mundo ideal. Como Aristóteles escribió su «Política» cuando se producía ya la primera y la más instructiva bancarrota de la democracia; Zenón proclama su hermandad universal cuando Alejandro ya había derribado las barreras filosóficas, religiosas y culturales, obstáculos formales, de esa unión.

Imperialismo y democracia, son temas que siempre están de actualidad, quizá por cuanto tiempo seguirán ocupando el centro de la historia política, tal vez tendrá mucho que pensar el hombre para darse cuenta que esta última aparece como una fiesta efímera del individualismo, que agota en sí misma sus energías sin producir nada más allá de su propia existencia y cierta desviación en el sentido que debe tener la vida de las comunidades.

La democracia griega y el imperialismo macedónico, constituyen una experiencia clásica, vale la pena reflexionar sobre ella, hay tanta semejanza con los momentos que vivimos. Reflexionar sobre la historia

antigua es tan útil, como reflexionar sobre cualquiera de las cosas que merecen reflexión y más apasionante sin duda para el que prefiere reflexionar sobre el hombre y su vida, antes que sobre la naturaleza y sus leyes.

BIBLIOGRAFIA

Arriano.—*Historia de las expediciones de Alejandro.*

Plutarco — *Vidas de varones ilustres.*

Jouguet.—*El imperialismo macedónico y la helenización del oriente.* Col. H. Behr. The Cambridge Ancient History.

Para las consecuencias de la era de Alejandro, es muy útil y tal vez superior la obra de Meyer. *Blute und Niedergang Der Hellenismus in Asien* cuya traducción del alemán se ha publicado en esta revista en los números inmediatamente anteriores.